

De la Fantasía y del Verbo (*)

Luce Irigaray
(París)

Descriptores: ENUNCIACION / ENUNCIADO / DISCURSO / FANTASIA / TRANSFERENCIA

El discurso en cuanto enunciado cristaliza como estructura realizada, y en cuanto enunciación es siempre in-finito. La inadaptación del enunciado a la enunciación hace que todo discurso sea inconcluso, retomado sin cesar y “metastable” en cuanto a su significado. Porque la enunciación es una relación de estructura -sujeto-código-mundo-co-locutor- y no un sistema de relación entre unidades definidas. Como tal, es un cuestionamiento permanente de todo discurso ya dicho. Articulación dinámica que subtiende la programación del enunciado, no puede nunca realizarse totalmente en él ni serle perfectamente isomorfo.

Al principio es el verbo...

Al postular la existencia de una relación, el verbo aparece como dominando la enunciación, mientras que el sustantivo, que aclara los términos, rige al enunciado. El verbo en infinitivo correspondería más adecuadamente a la estructuración sobre la que se basa el discurso, no tanto por denominar el acto de enunciación sino por funcionar en lugar suyo. Desprovisto de toda marca de persona o de número, el verbo en infinitivo expresa una relación pura, la existencia de compatibilidades. No implica expresión del sujeto o del objeto, pero defino su lugar y su modo de funcionamiento, estableciendo el tipo de correlación que los une. ⁽¹⁾ Por otra parte, la disociación sujeto-objeto no se encuentra consumada allí. A este nivel, el sujeto no ejecuta realmente una acción, ni contempla un espectáculo ni enuncia un discurso: está incluido en la acción, el espectáculo, el discurso mismo. Estamos pues realmente en la etapa de la fantasía. ⁽²⁾

* Publicación especialmente autorizada de una parte del libro de E. Pingaud, J. B. Pontalis y otros: **Freud y la literatura**, cuya edición en castellano tiene en preparación la Editorial Paidós

¹ Es decir que lo que será designado como sujeto y objeto no pertenece evidentemente al registro del enunciado. No se tratará tampoco de un sujeto y un objeto singulares sino de la función sujeto —f(s)— y de la función objeto —f(o)— determinadas por la estructuración en cuestión. En caso de que el término sujeto denominara al conjunto de la estructuración o incluso de la estructura, se escribiría sujeto’ y designarla otro nivel de funcionamiento.

² La fantasía debe entenderse aquí como forma primordial del sujeto, resultante de la integración recíproca de su cuerpo y de un discurso singular. Debe por lo tanto diferenciarse de la impulsión —concepto límite, efecto de conjugación del cuerpo y del lenguaje— y de la **proyección de fantasías especificadas** bajo forma de escenas animadas, fase en que aparece la representación, y en calidad de tal, debe oponerse como espectáculo recibido pasivamente a la estructuración activa que supone la imagen.

Y sin embargo, ya ahí está especificado el sujeto, marcado por un discurso anterior — del otro, del mundo. Es actuado así como actor, estructurado al mismo tiempo que estructurante. De ahí sin duda que la articulación misma del enunciado varíe de un “sujeto a otro”. Lo que no significa que el “sujeto” esté sustancializado de alguna forma, sino que en función de su fantasía más irreductible se sitúa en un sistema de relaciones coactivas para la realización de su discurso. Por lo tanto, los diversos tipos de verbos que serán propuestos aquí como ejemplos, no deben ser considerados en su contenido significativo propio, sino en la medida en que supongan una estructuración específica, una modalidad singular de interdependencia.

La audición de discursos diferentes pronunciados en situación analítica nos lleva a formular la hipótesis de que en lugar de la enunciación habría para cada discurso una fantasía propia rigiendo la realización del enunciado. Correspondería allí un verbo en infinitivo esfumado: vivir, crecer, aumentar, absorber, comer, aspirar, rechazar; dar, comunicar, retener, etc. Enumeración que es sólo a título de ejemplo y no pretende ser exhaustiva. Si se intenta un análisis lingüístico, incluso superficial, de estos verbos diferentes, se puede poner en evidencia lo que suponen como tipo de correlación sujeto-objeto.

Vivir implica un sujeto animado, no necesariamente persona, pero que soportaría la acción más que actuarla. En realidad, vivir, —del mismo modo que existir, crecer, aumentar ...es asimilable a un pasivo. ⁽³⁾ Significa un estado experimentado por un sujeto, que él podría como tal querer hacer suyo, reasumir, pero del cual no sería, propiamente hablando, agente. Esta característica del status del sujeto hace que no se plantee aquí un ‘partenaire’ de enunciación, por lo menos en su singularidad y en su actualidad. ⁽⁴⁾ Sin duda puede inferirse como “sujeto” de un enunciado anterior, causa necesaria de la acción, el estado, actuales. Es asimilable también a todo lo que no sería el sujeto, al mundo todavía no definido como tal. Pero no aparece diferenciado en esta etapa como coagente ni co-locutor. Además, vivir excluye toda acción, podría decirse transferencia, de un sujeto a un objeto. Como tal es llamado intransitivo. En este sentido es pues incompatible con la existencia de una relación entre un sujeto y algo animado, o inanimado, que cumple la función de objeto, directo o indirecto.

Absorber — comer, aspirar, consumir,... —tiene preferencialmente un sujeto animado persona, o por lo menos un sujeto animizado y personalizado (la arena absorbe el agua). La acción aparece aquí realizada activamente por el sujeto. Se ejerce sobre un objeto inanimado o inanimado, unidad individualizada del mundo. En realidad absorber, excluye toda relación entre el animado persona que cumple la función de sujeto y otro animado que cumple la función de objeto. Absorber supone que alguna cosa del mundo, exterior al sujeto, es atraída a la esfera de éste, podría decirse a su ámbito. Lo que era exterior, ajeno, se vuelve interior, propio al sujeto, asimilado por él. Lo inanimado> se encuentra por lo tanto animizado, en una segunda etapa, en cuanto se identifica con el sujeto, El ‘partenaire’ de enunciación puede aquí ser confundido con el mundo, objeto a absorber. Está entonces inanimizado, no diferenciado, al menos en cuanto (tu). Si tiene el status de animado será eventualmente aquél bajo cuya mirada transcurre la acción, que participa de ella —co-absorber— o mejor la favorece poner (se) a absorber, a comer. Si se resiste a dejarse reducir a objeto inanimado más que el

³ Pero un pasivo anterior al activo, y no resultado de una transformación pasiva: vivir, absorber, ser absorbido.

⁴ El término de partenaire de enunciación —escrito a veces (tu)— indica el lugar de funcionamiento posible de otro “sujeto”.

sujeto mismo, este co-agente costo peligro de quedar como único agente y el “absorber” se vuelve para el sujeto un “ser absorbido”. La acción activamente asumida puede siempre transformarse en estado pasivamente soportado por la existencia de un lazo de dependencia de lo inanimado a lo animado. Por fin, lo más cerca posible de la diferenciación enunciación-enunciado, del co-locutor, el (tu) será aquél que escucha el relato de la acción. Pero su status como tal está aún mal definido, relativamente fluctuante, y oscila entre el de un objeto-mundo susceptible de ser incorporado, el de un animado co-actuante, incluso del único agente, o el de un sujeto enunciante.

Dar —o comunicar, transmitir, entregar. . . —supone también preferencialmente un sujeto animado persona que asumiría activamente la acción en cuestión. Esta es en realidad más elaborada que en el caso de un verbo como absorber y pone en juego un sistema de relaciones más complejas porque se trata de hacer pasar un objeto-mundo inanimado-animado del ámbito del sujeto a la de otro animado — dar algo a alguien. Se trata esta vez de una transferencia del interior al exterior, lo que supone un tiempo anterior en que el sujeto se hubiera apropiado del objeto. Esta simple oposición sujeto-mundo se ha vuelto para absorber acto de transformación de un objeto-mundo previamente definido. Dar establece por lo tanto, limitándose a lo actual, una relación entre dos animados a propósito de un objeto inanimado. La identidad del “partenaire” de enunciación es aquí difícil de establecer, al menos de forma unívoca. Estrictamente hablando, sería aquél a quien se hace partícipe de esta acción y para quien el objeto transmitido sería el enunciado mismo. Pero ello significaría marcar una separación radical entre enunciación y enunciado. A nivel del verbo en infinitivo donde tratamos de situarnos, el “partenaire” de enunciación sería más bien aquél a quien se da, dar expresaría entonces la interdependencia dinámica entre dos posibles actores. Pero el (tu) puede identificarse también con aquél —asimilado al inundo— a quien algo le ha sido quitado o que a su vez constituía un objeto susceptible de ser poseído. De aquí surge otro sistema de relaciones entre quien se supone participó anteriormente de la acción y quien actualmente interviene en ella.

En cuanto verbos en infinitivo, expresiones de fantasía, vivir, absorber, dar, expresan ante todo una dinámica y no una verdadera temporalidad. Sin embargo si vivir parece incompatible con la **escansión temporal** no ocurre lo mismo con absorber y dar. **Vivir** implica una actualidad constante, pero inasimilable a un presente cuya existencia sólo puede ser pensada mediante la diferenciación con un pasado o un futuro. Nos encontramos allí con una acción en perpetuo devenir, con un estado en perpetua realización, que nunca se repite ni puede anticiparse, porque nunca finaliza. **Si absorber, dar**, en cuanto infinitivos, expresan la no finalización, ello no impide que sean incompatibles con una escansión temporal ligada a la existencia del objeto. La presencia del objeto hace que una acción pueda ser considerada finalizada y por lo tanto reiterable, incluso predicha. Esta acción puede verse también controvertida, modificada, por el hecho de ser cuestionada, por un cambio de objeto. Lo que importa es que el lugar de éste esté marcado, que su función sea requerida por el verbo. Sólo mediante esta condición se plantea la posibilidad de la existencia del carácter presente, pasado o futuro de una acción. Lo que aparece como imposibilidad de escansión, de reiteración en la pura dinámica del vivir proviene de la ausencia del objeto. Por otra parte, el movimiento temporal correspondiente a **absorber** difiere de aquél que implica dar. Absorber sugiere más lo inconcluso, en cuanto que se expresa en él ante todo una tensión entre lo actual y lo que vendrá. Digamos que el acto estaría allí en vías de realización sin que su cumplimiento esté realmente asegurado. Sólo su repetición per-

mitiría augurar su conclusión. Dar, por un lado, supone una doble referencia temporal, del presente al futuro en cuanto debe tener lugar una transferencia de objeto, y del presente al pasado en cuanto sólo es posible mediante una apropiación anterior. Y sin duda este funcionamiento anterior del objeto como tal contribuye a que la escansión temporal esté en el caso de dar más marcada, evocando un presente casi instantáneo, la realización casi inmediata de la acción.

Otra característica, ligada por otra parte a la existencia o no del objeto y al status del sujeto, individualiza estos tres tipos de verbos. Ninguna transformación puede ser aplicada al verbo vivir sino dentro de una acepción gráfica, metafórica, del término. Así sucede, por ejemplo, con la transformación negativa. Vivir y/o no vivir no se presenta como una verdadera alternativa. Es diferente lo que sucede en el caso de absorber o de dar. No absorber tal cosa, rehusarse a dar tal objeto a alguien, o dar un objeto a tal persona, aparecen como elecciones posibles. Ahí también se podría llevar más lejos la diferenciación en el sentido de que si' no absorber nada" aparece como una opción insostenible, no sucede quizás lo mismo con "no dar nada", lo que nos remite a la existencia, en este caso, de un tiempo anterior en el cual la relación sujeto-mundo ya fije articulada.

Estas características relativas a la temporalidad, a la transformación negativa —y podríamos sin duda aislar otras: pasivo/no pasivo, terminante/no terminante, énfasis/no énfasis, por ejemplo—marcan una delimitación precisa entre vivir por un lado, absorber, dar, por el otro. Podrían resumirse en esto: vivir, de hecho puede asimilarse a ser mientras que absorber, dar, entrarían en la categoría del tener. En un caso habría tensión hacia el tener, actuar para un tener; y en el otro, transferencia de un "tenido", y por lo tanto, posible constitución de otro como teniendo".

--- idéntico y no idéntico al sujeto

Según que uno u otro de estos verbos subtienda al discurso explícito de un sujeto en análisis, su estructuración se modifica. Y pueden señalarse caracteres específicos que dan fe de ello a nivel del enunciado. Pero lo que se cuestiona aquí es la dinámica misma de la enunciación, que, en convergencia o divergencia con lo efectivamente dicho, va a actualizarse en la transferencia.

Parecería que la teorización referente a la transferencia, y aun a la impropriamente llamada contra-transferencia, ha sido casi exclusivamente elaborada a partir de un verbo-fantasma del tipo de absorber. Sin duda la dinámica transferencial se prestaba ahí particularmente para ser delimitada y analizada en el caso de una transferencia llamada positiva, el analista funciona como objeto susceptible de ser absorbido, comido, ya sea que se le identifique globalmente como tal o que algunos de sus atributos, de sus producciones, se deleguen en este caso en forma privilegiada. Esta fantasía transferencial puede suscitar en el analista el eco de fantasías como dar de comer, cebar, ser comido, destetar, etc. A menudo con la especificación de lo que en él, sería particularmente apto para ser dado a absorber o susceptible de ser devorado. Esta determinación puede convergir con lo buscado inconscientemente por el analizado pero a veces puede divergir. Por eso corresponde hablar aquí de una transferencia del analista. Por otra parte, lo que puede, en este caso, obstaculizar lo que aparece como transferencia "positiva" es, en el analizado, una connotación del objeto que haría que el analista fuera vivido como malo para comer, digamos "venenoso", o la ley del talión que quiere que "absorber" implique la posibilidad de "ser absorbido". De ahí el refugio en la anorexia, incluso la tentativa de invertir la fantasía en el analizado mismo, "darle de comer" al analista. ¿Qué? Todos los objetos ya asimilados. Lo que no es nunca más que una engañosa evasión y equivale a darse en comida, ser absorbido.

El análisis de la transferencia es sin duda aquí relativamente delicado en el sentido de que el analista y/o el analizado, con razón o sin ella, se sienten directamente involucrados. La acción es “transitiva” y sin mediación, al menos actualizada, de un objeto de intercambio. De ahí el riesgo de quedarse en lo que se podría llamar una co-fantasía; de hecho, una situación de acción no simbolizada por quienes están involucrados en ella, cualesquiera sean las palabras que la ocultan. Son conocidos los principios de interpretación más clásicos en el caso de una transferencia del tipo “absorber”. Se procede a la localización y al análisis del objeto. ¿De quién se trata? No soy yo, sino él o ella quienes están en tela de juicio. ¿Por qué bueno? ¿Por qué malo? etc. Finalmente no habrá más que la reducción de una neurosis de transferencia nacida artificialmente. O bien la denominación del objeto incluido en la fantasía, creando la obsesión en que radicaba la angustia. Al parecer, lo que debería requerir la atención es la dinámica fantasmática en sí menos el objeto, permutable, que el tipo de relación sujeto-objeto actuado, hecho del discurso aunque no dicho. La interpretación se plantearía entonces en la unión misma de la enunciación y del enunciado, articularía el relevo de uno a otro, el movimiento de uno hacia otro. El analista es objeto susceptible de ser comido, pero cuando el paciente no es todavía “sujeto” de su decir, hablado más que hablante. Valiéndose de su silencio y de su palabra, la suya propia y no la de cualquier doctrina, el analista marca el pasaje de la fantasía al enunciado, del actuar al decir planteando así la cuestión del status del objeto. Interpreta por medio de múltiples idas y venidas del estado de objeto a comer al de sujeto enunciante, instando así al paciente a ser co-locutor y no exclusivamente sujeto absorbente u objeto a absorber. A partir de ese momento, el enunciado puede funcionar entre ellos como objeto de intercambio. Es evidente que la interpretación concebida en esta forma es un trabajo, incluso actuar, y no simplemente una palabra. Pero es un actuar dentro de las leyes del discurso. Por otra parte, la fantasía es irreductible a la palabra, es actuada dentro de un registro diferente al del enunciado. Hecho de lenguaje, no entiende el lenguaje. Y la palabra del analista sería letra muerta, o letra comida, si no fuera articulación dicha pero también actuada, de un registro a otro, de la enunciación al enunciado.

Si la fantasía que subtiende el discurso analizado es del tipo de dar, es diferente la estructuración de la transferencia. Y ante todo se presenta como bífida. Porque dar supone una relación dinámica entre el sujeto y aquél a quien él da, pero también entre el sujeto y el objeto del dar. Esta última relación requiere por otro parte ser analizada, desplegada, diferenciada a su vez, en una red de relaciones. De manera si bien el análisis de la transferencia parece menos problemático dado que el objeto ya tiene un status que el tercer término no parece llamado a fundamentar, se complica debido a la multiplicidad de las relaciones involucradas. Se ve difícil también debido a la aparente simetría entre la estructuración fantasmática y la de la comunicación lingüística misma. Se trata, en ambos casos, de la transferencia de un objeto inanimado, de un animado a otro animado.

Sobre el carácter artificial de esta analogía puede descansar la interpretación. Porque si existe el objeto, no por ello es fácilmente intercambiable, en cuanto está identificado parcialmente con el “sujeto”, objeto-mundo integrado a su universo fantasmático. Objeto cuya simbolización escapa al sujeto, vivido como no-mediatizable, no verbal, ni aun verbalizable. En cuanto al animado implícito en el acto de dar, está también él atrapado en una red imaginaria, y no presentado como “sujeto” alocutorio. Es indudable que puede sentirse como co-actuante, como aquél que quiere tomar, que

pide, que está dispuesto a aceptar, a rechazar. Aparecerá como rival, posesivo, pedigüeño exigente, raptor peligroso, o indiferente, desvalorizante para lo que se le prepone. Y este vivido transferencial puede suscitar en el analista, fantasías complementarias opuestas, en contrapunto. Sea lo que sea, este acto de dar se estructura de acuerdo con un campo único, global, según las modalidades de organización de la fantasía. Y esta construcción única abarca al sujeto, al objeto y al “partenaire”. El analista deberá dedicarse a quebrarla. Por otra parte, las leyes del discurso, y de todo intercambio simbolizado suponen fraccionamiento. Si el “sujeto” enunciante tiende a producir un enunciado global, metáfora de su fantasía, se ve obligado, para hacerse oír, a aceptar el suspenso, el corte, la transposición metonímica del enunciado, cuya garantía deberá ser el código, el mundo y más aún el co-locutor. Interpretar equivaldría aquí a intervenir en defasaje, a destiempo, no en lugar de la causa del dar, donde la fantasía del analizado coloca a alguien, sino en lugar del garante del movimiento metonímico del enunciado, donde no espera a nadie.

La fantasía que ha planteado más problemas en el análisis es ciertamente la del tipo de vivir. Excluye, en efecto, toda acción transitiva sobre un objeto e incluso todos los objetos, lo que equivale a decir toda transferencia, si se define a esta como relación de objeto. El sujeto está aquí atrapado dentro de una fantasía que se cierra sobre sí misma, sin tensión dinámica hacia polo exterior alguno, al menos diferenciado. Si viene al análisis, es porque una palabra lo ha llevado a él. El mismo no espera nada, no pide nada, es sin duda ajeno al sentido y aún a la existencia de tales procedimientos. Habla a veces, pero como quien vive, crece, expresión solitaria sin llamado particular al otro, relación definida con el mundo. Hablar equivaldría en este caso a un “callarse”, previo a toda alternancia con la palabra. O mejor a un “hacer ruido”, pura manifestación del vivir. Y sin duda aquí no sucedería nada si no fuera por la profunda angustia que despierta dicho “sujeto” en el otro precisamente por ejemplo, en el analista. En la categoría del tener, del objeto, categoría que le es familiar, donde está prevenido y espera a su paciente, no es solicitado para nada. Se siente ahí inútil, inexistente. A él le corresponde estar desconcertado desde el comienzo, a menos que se defienda de ello tomando al analizado como objeto, como “tenido”, haciendo abortar para éste cualquier posibilidad de acceder a una acción activamente asumida, a un discurso propio. Y quizás sea ésta la única función *que se le exija asumir*. Pero si acepta su angustia, si vive su transferencia, se verá enfrentado a la muerte. No solamente la muerte ligada a la objetivación, muerte que conoce, para la cual se encuentra relativamente preparado, y a la que quizás llama a veces en secreto para verse librado de sí mismo, o como agresión no asumida. Ni aún la muerte que implica el carácter divisible del objeto. Sino también la de la pérdida de todo proceso identificatorio, la caída en lo irrepresentable, donde se presiente en forma difusa y sin embargo inevitable, el misterio único del nacimiento y de la muerte. Una vez que ha pasado por este silencio que fundamenta su historia, por esta intimidad con su propia muerte, y no aquélla siempre cuestionable impuesta por los demás, puede el analista volver a encontrar a su paciente. Y debe invitarla al encuentro con su propia muerte. No dentro de un co-actuar en el que sería verdugo o víctima. A este nivel no le corresponde dar la muerte o recibirla, sino reconocerla, hacerla reconocer como principal amo y señor. La aceptación de su muerte traza para cada uno un destino singular y solitario. Sustituye lo indefinido, lo soportado del vivir, por el contorno de una vida personal, que debe asumir o rechazar. Hace del ser viviente un “sujeto”. Quizás para éste la categoría del tener permanecerá inaccesible o indiferente, pero puede ser llevado a actuar, y si no a hacer una cosa, al menos a transformar su vida en obra. La única transferencia válida, no mortífera, con

tales “sujetos” sería a nivel de la simpatía, a condición por supuesto de excluir toda confusión de personas y toda piedad.

Por supuesto, las variedades de verbos - fantasías que subtienden al discurso están más diversificadas. Se podría aislar también los verbos que suponen un objeto no individualizable —respirar. Citar los que excluyen toda acción transitiva entre el sujeto y el objeto —gustar. Diferenciar los verbos que suponen un objeto animado de los que postulan un objeto inanimado— seducir/hacer. Un estudio exhaustivo permitiría así analizar y formalizar los lazos de interdependencia sujeto— objeto, y sus modalidades de transformación.

El caso de desear es diferente. Desear debe interpretarse ante todo como modalización —y/o también una modalidad del verbo— tales como querer, poder, deber. Y es sin duda su modalización principal, rastro de la aparición de un “sujeto” enunciante, en cuanto negación de un presente consumado y aserción de un futuro no consumado. Como tal, no deberla ser analizado aisladamente. Podría tratarse de un “desear absorber”, “desear dar”. En el caso de vivir, este desear debería colocarse en lugar de una enunciación exterior al “sujeto”, cuya marca soportaría o asumiría. Sea como fuere, este desear implica una causa, la cual, inferible o actualizada, debe ser indagada como lugar de funcionamiento siempre posible del otro, del “partenaire” de enunciación.

Traducido por **Ivonne Errea de Domínguez**.